Capítulo 12

La lucha en el contexto de la *Monarchía Univesalis:* la defensa del catolicismo

JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN

Aunque para los hispanos, los asuntos político-religiosos del centro de Europa nunca suscitaron gran interés [880], para Carlos V resultaron de especial importancia tanto por su propio título de emperador como por el mantenimiento de su patrimonio [881]. Ello explica, por una parte, que los personajes de los que se sirvió para ejecutar su política en estos territorios no fueran hispanos, tales como Cornelio Schepper, quien ejerció labores diplomáticas en el centro y norte de Europa [882]; Maximiliano Transilvano, introducido en la corte de los Habsburgo por el cardenal Mateo Lang [883]; Jan de Weeze, arzobispo de Lund, quien sirvió de intermediario entre Carlos y Fernando en numerosas ocasiones; el conde de Fürstenberg, que se educó en la corte del joven Carlos y que lo representó en la dieta de Worms de 1545; murió en el asedio de Metz; Carlos lo había premiado con el nombramiento de caballero del Toisón en el capítulo que celebró la Orden en 1546, etc. [884]; pero también que buena parte de sus esfuerzos políticos y económicos los dedicara a poner en orden estos territorios hasta el punto de que los acontecimientos políticos que allí se desarrollaron influyeron de manera decisiva en la compleja articulación de los reinos que dejó en herencia [885].

---

[880] El cronista Sandoval los despachaba de la siguiente manera: «Son cuentos que importan poco a esta historia; los que escribieren las de Alemaña los dirán» (III, pág. 301). En el significado de esta chusca frase ya cayó en la cuenta M. A. OCHOA BRUN, pág. 320. A su vez, el prof. J. A. MARAVALL, *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, págs. 61 ss. ya había incidido en el mismo sentido: que los asuntos germanos no importaban mucho a los hispanos de la época.

[881] Sobre la forma de gobernar el Imperio cuando estaba ausente Carlos V, C. ROLL, «Reichstags-Absage und Waldkrirch-Mission. Überlegungen zur kaiserlichen Reichspolitik im ersten Jahrzehnt der Regierung Karls V», en: H. RABE, *Karl V. Politik und politisches System*. Konstanz 1996, págs. 279-305. Sobre la oposición a Fernando, A. KOHLER, *Antihabsburgische Politik in der Epoche Karls V*. Göttingen 1982.

[882] Así lo atestiguan las numerosas credenciales que Carlos V le extendió como su representante ante los reyes de Dinamarca, Polonia, Escocia, turcos, etc. (AGS. PR, leg. 166). Su numerosa actividad ha quedado reflejada en, Barón de SAINT-GENOIS et G. A. YSSEL DE SCHEPPER, *Missions diplomatiques de Corneille de Schepper, dit Scepperus, ambassadeur de Christiens II, de Charles V, de Ferdinand I de Marie, Reine de Hongrie, gouvernante des Pays Bas, de 1523 à 1555*. Bruxelles 1856. La relación de embajadores en, M. LUNITZ, «Die ständigen Gesandten Karls V. In Frankeick-zum Strukturwandel des Gesandtschaftswesens im 16. Jahrhundert», en H. RABE, *Karl V. Politik und politisches System*, pág. 119.

[883] A. ROERSCH, «Nouvelles indications concernant Maximilian Transilvanus». *Revue belge de Philologie et d'Histoire* 7 (1928) 871-879. A. ROERSCH, *L'humanisme belge à l'époque de la Renaissance*. Louvain-London 1933, págs. 33-54.

[884] Una completa relación de servidores de Carlos V en el Imperio con sus respectivas actuaciones diplomáticas en, M. A. OCHOA BRUN, págs. 319-336.

[885] Un buen resumen de la política de Carlos V en relación con la Reforma en el Imperio, H. RABE, «Karl V und die deutschen Protestan. Wege, Ziele und Grenzen der kaiserlichen Religionspolitik». *Karl V. Politik und politisches System*, págs. 317-345.

12.1. Intento de solución pacífica: las Dietas

La Reforma no solo fue una cuestión religiosa que afectó a cada conciencia individual, sino que tuvo profundas implicaciones políticas en el Imperio (después en Europa) sobre todo tras el edicto de Worms (1521), ya que numerosas instituciones y principados le ofrecieron su apoyo político, oponiéndose al emperador. El proceso que se derivó de esta división, además de explicar las causas por las que triunfó el luteranismo como confesión, caracterizó la historia del Imperio durante el siglo XVI.

La gran cantidad de reinos que heredó Carlos V le imposibilitó preocuparse con la atención que requería el nacimiento del luteranismo. Tras la dieta de Worms, el emperador tuvo que venir a Castilla para poner orden en el reino, alterado por la revuelta de las Comunidades. Al mismo tiempo aprovechó su estancia para arreglar los problemas de la conversión de los moriscos y contraer matrimonio con su prima Isabel de Portugal (1525). Simultáneamente, Carlos V proseguía una guerra (heredada de su abuelo Fernando el Católico) con Francia por el dominio del norte de Italia que se paralizaba momentáneamente tras la victoria en la batalla de Pavía (1525), en la que las tropas hispanas apresaron al monarca francés Francisco I. La dieta de Espira (1526), celebrada cuando Carlos V acababa de triunfar sobre Francisco I, sirvió de poco ya que, aunque el emperador quería asistir personalmente, se lo impidieron otros problemas, por lo que, en su ausencia, los príncipes solo acordaron promulgar un edicto en el que se recomendaba a cada gobernante que tomara las medidas de luchar contra los partidarios de Lutero que creyese más oportunas de acuerdo con su conciencia. Evidentemente, si Carlos V quería luchar en serio contra los luteranos, no se podía admitir un acuerdo semejante, por lo que, en 1529, de nuevo convocaba dieta en Espira para rectificar los acuerdos tomados en la anterior. La asistencia a dicha reunión fue extraordinaria, encontrándose en ella los siete electores. Las expectativas fueron mayores que los acuerdos tomados; con todo, los presentes se comprometieron a impedir que se extendiera la Reforma «en la medida de lo humanamente posible». Contra esta decisión, los partidarios de la Reforma presentaron una protesta reivindicando su derecho a practicar su confesión religiosa.

Todavía no estaba dividido el Imperio en dos grandes bandos religiosos. Como reconocía el propio emperador[886], el grupo nobiliario que apoyaba a Lutero aún era pequeño (Juan Federico de Sajonia, el landgrave Felipe de Hessen, Casimiro y Jorge de Brandeburgo y algunos señores menores, junto a ciudades como Augsburgo, Nuremberg,, Ulm, Francfort y Estrasburgo), mientras los católicos eran la mayoría (los duques de Sajonia y Baviera y la mayor parte de los príncipes eclesiásticos). Por ello, se daba la circunstancia que tanto unos como otros solicitaran la celebración de un concilio [887]. Ello hizo que Carlos V reiterase, sin éxito, varias veces al pontífice (durante 1530) su deseo de que convocase un concilio [888]. La actitud de Roma provocó que el emperador desplegase una gran actividad diplomática con el fin de no romper las expectativas luteranas para conseguir la unión.

12.1.1. *La Dieta de Augsburgo (1530)*

El 22 de marzo de 1530, Carlos V salió de Bolonia camino del Imperio. Llegó a Innsbruck, donde se halló al entierro de Gattinara, «cardenal y gran chanciller de Borgoña», puso en su lugar a Nicolás Perrenot, señor de Granvela, «el cual, habiendo tenido algún tiempo el oficio de chanciller y primer consejero o presidente del Consejo, lo dejó» [889], y poco después, el 18 de junio de 1530, entraba en la ciudad de Augsbur-

---

[886] «Otro día hizo la procisión, que ya algunos años se había dejado. Anduve en ella, como lo acostumbro a hacer, y aunque algunos príncipes de los luteranos no vinieron a la procisión, fui acompañado de otros muchos, porque muy más son los que están como deben en la fee, que en los otros, y en todos he hallado gran voluntad de servirme» (Carta de Carlos V, fechada en Augsburgo el 8 de julio 1530), J. J. Döllinger, *Dokumente zur geschichte Karl's V., Philipp's II. Und ihrer zeit*. Regensburg 1862, pág. 7.

[887] Así lo manifiesta Carlos V a Clemente VII en carta fechada el 30 de octubre de 1530 (CDCV, I, 247-250).

[888] P. de Sandoval, II, pág. 408. La carta de la que fue portador el embajador Pedro de la Cueva solicitando la convocatoria se encuentra en RAH. Salazar y Castro, A-42, fol. 17-18v. Las instrucciones, CDCV, I, 242.

[889] P. de Sandoval, II, pág. 396.

go, «donde todos los príncipes que habían venido para hallarse en la dieta, le salieron a recibir» [890]. La llegada de Carlos V al Imperio, resucitó todas las cuestiones estancadas en materia religiosa. Carlos V no desesperaba de que los luteranos volvieran a la Iglesia. En el séquito del emperador actuaban fuerzas (el secretario Alfonso de Valdés, Cornelio Schepper, su hermana María de Hungría, el obispo de Augsburgo Cristóbal de Stadion, etc.) que buscaban un arreglo a toda costa. La promesa de la celebración del concilio, esperaba Carlos, facilitaría la vuelta de los luteranos a la Iglesia, y si éstos se negaban, tenía un respaldo moral para emplear la fuerza contra ellos [891]. Por su parte, Roma, que había enviado al cardenal Campegio, era partidaria de atenerse a la bula *Exsurge* y a la postura que había mantenido Carlos V en Worms [892].

La Dieta se había convocado para obtener tres efectos: «El primero y más principal para lo que toca la fe. El otro para dar orden en lo que se debe hacer contra el turco y recobrar lo que tiene ocupado en Hungría. El tercero en la justicia y buena governación de Alemania» [893].Una vez comenzada, algunos príncipes y ciudades reformistas entregaron al emperador la *Confesión de fe,* en cuya introducción le recordaban las acciones que había llevado a cabo el emperador [894], con las que se mostraban de acuerdo, entre las que se encontraba el mandato que había hecho a los príncipes y ciudades de que pusieran «por escrito, en alemán y latín, sus opiniones y pareceres y sentimientos sobre estos errores, diferencias y abusos», por lo que una vez hecho:

> «Precedentemente, Vuestra Majestad imperial se dignó dar a entender a los Electores, a los Príncipes y a los Estados del Imperio, especialmente mediante una instrucción leída públicamente en la Dieta de Espira, el año 1526, que, por los motivos allí indicados, Vuestra Majestad imperial no tenía intención de tomar decisiones en asuntos concernientes a nuestra Santa Fe, sino, por el contrario, insistir diligentemente cerca del Papa, en orden a la celebración de un Concilio.
>
> Hace un año, en la última Dieta de Espira, por medio de una instrucción escrita, Vuestra Magestad Imperial hizo anunciar a los Electores, Príncipes y Estados, mediante el lugarteniente de su Majestad Imperial, el Rey de Bohemia y de Hungría, etc., ... parecer referente al Concilio General. Y que Vuestra Majestad juzgó igualmente útil que este Concilio se celebrara. Por otra parte, como los asuntos entre Vuestra Majestad Imperial y el Papa se encaminaban hacia un buen entendimiento cristiano, y Vuestra Majestad imperial estaba seguro que el Papa no rechazaría tener el Concilio General, Vuestra Majestad Imperial, por su clemencia, estaba dispuesta a actuar en adelante de tal modo que el Papa consintiera, de acuerdo con Vuestra

---

[890] P. de SANDOVAL, II, págs. 395-396. El emperador entró junto a su hermano en Ausburgo con todos sus criados; esto es, con su casa (Sandoval II, 397-398). CDCV, I, 216-218, carta de Carlos V a la emperatriz Isabel dando cuenta de sus viajes por Alemania, fechada en Augsburgo, 8 de julio de 1530. Alfred KOHLER, *Karl V. 1500-1558. Eine Biographie.* München 1999, págs. 208-218.

[891] El propio Emperador cuenta así en sus memorias: «En este tiempo, como la cosa más principal y necesaria, el Emperador solicitó de Su Santidad que para remedio de la Germania y de los yerros que se yban multiplicando en la Cristiandad, quisiese convocar y celebrar –como único y principal remedio– un Concilio General; para cuyo efecto Su Santidad nombró un Legado [Campeggio] para hallarse en la Dieta de Augsburgo y allí hacer y determinar todo lo que, para el remedio de las cosas dichas, más pareciese que convenía» (M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, «Memorias del emperador Carlos V», pág. 497).

[892] «Hase dilatado la determinaçión de lo que este año se ha de hazer, sperando que en lo del Conçilio se tomase alguna buena resoluçión, porque desto depende el remedio de la Christiandad, en lo que he fecho todas las diligençias posibles y necesarías, y al fin los inconbenientes que os he scripto que de parte del Papa y del christianísimo rey de Francia se pusieron, se han continuado; de manera que en el efecto no podrá dexar de haber dilaçión, de que tengo mucho sentimiento por el gran peligro que dello resulta a la fee, que como ya los de Alemania been que el Conçilio se dilata, no solamente los malos continúan sus errores pero cada hora los abmentan y con los dudosos ganan crédito» (CDCV, I, pág. 292. Carta de Carlos V a la emperatriz desde Gante, a 13 de junio 1531).

[893] J. J. DÖLLINGER, *Dokumente zur Geschichte Karls's V, Philipp's II.* Regensburg 1862, pág. 8. W. REINHARD, «Die Kirchenpolitischen Vorstellungen Kaiser Karls V, ihre Grundlagen und ihr Wandel», en E. ISERLOH (ed.), *Confessio Augustana und Confutatio. Der Augsburger Reichstag 1530 und die Einheit der Kirche.* Münster 1980, págs. 62-100. J. WICKS, «Abuses under Indictment at the Diet of Augsburg 1530». *Theological Studies,* 41 (1980), págs. 253-302.

[894] «Clementísimo señor: hace poco tiempo, Vuestra Majestad imperial, se dignó convocar aquí mismo en Augsburgo, una Dieta general, especificando expresamente las cuestios referentes al Turco, enemigo hereditario del nombre cristiano y del nuestro, y qué hacer para resistirle eficazmente con ayuda perseverante. También deliberaría sobre el modo de tratar las diferencias en ls santa Fe y en la religión cristiana» (*La traducción la he tomado de La Confesión de Fe de Augsburgo, ayer y hoy.* (Edición preparada por Miguel M.ª Garijo Guembe). Salamanca 1981, pág. 349). G. MÜLLER, «Um die Einheit der Kirche. Zu den Verhandlungen über den Ñaienkelch während des Augsburger Reichstages 1530», en: E. ISERLOCH und K. REPGEN (Hrgs), *Reformata Reformanda. Festgabe für H. Jedin zum 17. Juni 1965.* Münster 1965, I, págs. 393-426.

Majestad Imperial, en convocar lo antes posible este Concilio General, y que no sería en modo alguno un fracaso.

En consecuencia, completamente sumisos a Vuestra Majestad Imperial, y además, en el caso antes mencionado, nosotros nos ofrecemos a ir a un Concilio General, libre y cristiano» [895].

La *Confesión de Augsburgo* estuvo firmada, entre otros, por el elector de Sajonia, el margrave de Brandenburgo, el príncipe de Anhalt y el landgrave de Hessen. A su vez, cuatro ciudades del sur de Alemania (Estrasburgo, Constanza, Memmingen y Lindau), próximas a las doctrinas de Zwinglio, presentaron su propia confesión. Otras ciudades, que estaban vacilantes sobre la confesión a seguir, se abstuvieron de enviar escrito alguno. Finalmente, Zwinglio también se adhirió a esta asamblea enviando su confesión (*Ratio fidei*) [896]. Los católicos, por su parte, no se presentaron en la dieta con un escrito similar en el que definieran su fe, sino que presupusieron que su actitud era la correcta y que debían refutar las sentencias heréticas de los protestantes; por ello, los numerosos artículos preparados por Juan Eck para la ocasión, aparecieron publicados en vísperas de la apertura de la dieta [897]. Ante la postura tomada por los católicos, la función de mediador que debía cumplir el emperador quedó comprometida, al mismo tiempo que las negociaciones que se realizaron a partir de entonces inevitablemente se vieron regidas por la autoafirmación constante de los estados evangélicos. Con todo, el emperador intentó negociar con los estados católicos la propuesta contenida en la *Confesión de Augsburgo*, obligándoles a que presentasen su propia declaración con el fin de conseguir una *concordia* teológica que, al mismo tiempo consolidase la paz en el Imperio frente a la amenaza del peligro turco, pero éstos la rechazaron por considerar que ellos se encontraban en posesión de la verdad; en consecuencia, Carlos V debía dejar de asumir su papel de mediador y, por el contrario, debía ordenar redactar la refutación (*Confutatio*) de dicho documento. Al admitir semejante propuesta, Carlos V abandonó su papel de juez para situarse claramente en el bando que atacaba a los protestantes [898]. De esta manera, quedaba reflejado el poder que iban adquiriendo las fuerzas del confesionalismo emergente frente al grupo de humanistas, que aún acompañaban al emperador, con ideas contradictorias sobre cuestiones político-religiosas. Esta posición revitalizó –a partir de entonces– el papel que jugaron los estados neutrales en la evolución del Imperio, ya que condicionaron su adhesión a la política del emperador según las expectativas de paz que emanaban su proyectos [899].

La Dieta de Augsburgo debía de haber solucionado la división confesional; pero en realidad solo sirvió para demostrar las debilidades y contradicciones políticas del emperador y para que los reformados tuvieran conciencia de su unidad y de grupo. La asamblea de Augsburgo dio el empujón definitivo a una alianza político-religiosa evangélica que, poco a poco, se convirtió en portadora de la política oficial del protestantismo alemán con la formación de la liga Esmalkalda, alianza que obedeció más al deseo de protección que tenían los príncipes seculares evangélicos de la amenaza de castigo del emperador que a deseos de reforma religiosa. Sin duda, fue Felipe de Hesse el más activo a la hora de materializar este acuerdo, que se juró el 27 de febrero de 1532.

En conclusión, tras la Dieta de Augsburgo, la política imperial se vio marcada por una creciente confesionalización: mientras los estados luteranos formaron la liga de Esmalkalda, Carlos V intensificaba sus esfuerzos para que el pontífice convocase un concilio general. Dado que el emperador abandonó inmediatamente el Imperio, los problemas suscitados con los príncipes protestantes tuvieron que ser resueltos por

---

[895] La traducción la hemos tomado de *La Confesión de Fe de Augsburgo, ayer y hoy*. (Edición preparada por Miguel M.ª Garijo Guembe). Salamanca 1981, págs. 349-350. Sobre el desarrollo de la Dieta, Karl BRANDI, págs. 242-245.

[896] Sobre los problemas y consecuencias religiosas de la «Confesión de Augsburgo», resulta fundamental: Heinrich FRIES, Erwin ISERLOH, et alii, *Confesio augustana. Hindernis oder Hilfe?*. Regensburg 1979, especialmente los trabajos de H. Meyer, W. Lohff y P. W. Scheele. Sobre los intentos de mediación, K. HONSELMANN, «Otto Beckmanns Vermittlungs versuch beim Reichstag zu Augsburg 1530», en: E. ISERLOCH und K. REPGEN (Hrgs), *Reformata Reformanda. Festgabe für H. Jedin zum 17. Juni 1965*. Münster 1965, I, págs. 428-444.

[897] A. KOHLER, págs. 213-214.

[898] *Ibídem*, págs. 215-216.

[899] Desarrolla esta situación, A. P. LUTTENBERGER, *Glaubensinheit und Reichsfriede. Konzeptionen und Wege konfessionsneutraler Reichspolitik (1530-1552)*. Gotinga 1982, págs. 185 ss.

Fernando, recién elegido rey de Romanos, quien pronto se convenció de que, para mantener la paz, era preciso negociar con ellos. Tal política permitió la práctica confesional de los luteranos, ratificada por Carlos V en la pragmática de Nuremberg (agosto de 1532), lo que produjo una situación jurídica de provisionalidad permanente [900], ya que las noticias procedentes del Danubio en relación con los turcos eran cada vez más apremiantes, lo que no escapaba a los protestantes, que exigían cada vez más ventajas si Fernando quería mantener los territorios en paz y que le ayudasen en una más que probable guerra contra el infiel. Efectivamente, Solimán avanzaba con un gran ejército hacia Viena y en su camino había sitiado la fortaleza de Güns, que resistió durante el mes de agosto de 1532, mientras tanto, Carlos V y su hermano Fernando habían conseguido reunir un gran ejército, al que se unieron los protestantes, para defender Viena [901]. El emperador concibió este choque como un encuentro personal entre el gran jefe de la cristiandad y su máximo enemigo [902].

Una vez liberada Viena, Carlos V volvió a Mantua, donde fue hospedado con toda magnificencia en la casa de los Gonzaga; Ferrante Gonzaga, que poco después fue nombrado virrey de Sicilia, era uno de los caballeros más jóvenes pertenecientes a la orden del Toisón de Oro. Carlos V pasó a Bolonia, donde se entrevistó de nuevo con el pontífice (desde diciembre de 1532 hasta febrero de 1533), en la que le perdió la convocatoria del concilio general, tan deseado para la corte imperial y para los príncipes y reformistas germanos; pero, en cambio, aborrecido por el pontífice, apoyado por los reyes de Francia y el de Inglaterra, interesados por que no se realizase, cada uno por sus propios motivos. Aunque el 24 de febrero de 1533, se ratificaba solemnemente la alianza, antes de separarse, entre el papa y el emperador, y a pesar de que ambos se comprometieron a enviar embajadores a Francia y a los reformistas germanos con motivo del concilio, tratando de llegar a un acuerdo, el acercamiento de Clemente VII al monarca francés cada vez era más evidente. Clemente estaba asustado del poder de Carlos y aceptó la propuesta de Francisco de casar a uno de sus hijos con su sobrina Catalina de Médicis, al saber que Carlos estaba preparando la boda de ésta con Sforza. En octubre, Clemente y Francisco I tuvieron una entrevista en Marsella. El matrimonio del futuro Enrique II y Catalina tuvo lugar el 28 y se establecieron las bases de una política común con respecto a los Estados del norte de Italia. Antes de finalizar el año murió Clemente VII (25 septiembre 1534) [903].

12.1.2. *Del coloquio de Francfort a la Dieta de Ratisbona (1541)*

Tras la campaña de Túnez, el emperador procuró por todos los medios mantener la paz en el Imperio con el fin de evitar levantamientos o posibles alianzas de los protestantes con Francia. Esto motivó que la paz de Nuremberg (de 1532) fuera respetada; ahora bien, esta política, defendida por el emperador y por los estados neutrales, favoreció a los protestantes y a la liga Esmalkalda ya que permitía su desarrollo institucional y su fortalecimiento militar. Lo único positivo que consiguieron los estados católicos durante estos años fue la creación de una *liga* (1538) para contrarrestar el poder que estaba adquiriendo la de sus oponentes. Aunque, al principio, no se unieron ni el papa ni el emperador, ambos soberanos la admitieron y su formación levantó grandes expectativas.

La política emprendida por Carlos V en el Imperio propició la aparición de numerosos debates religiosos en los que se contrastaban las ideas de católicos y protestantes ya que favorecían la pacificación proyectada. Con todo, es preciso señalar que tales controversias también tuvieron sus detractores, así, el cardenal Morone las consideraba estériles y deshonrosas para la Iglesia, opinión que era compartida por los protes-

---

[900] G. G. KRODEL, «Law, Order, and the Almighty Taler: The Empire in Action at the 1530 Diet of Augsburgo». *Sixteenth Century Journal* 12 (1982), pág. 101.

[901] Las preocupaciones del emperador durante este viaje fueron descritas por él mismo en una apesadumbrada carta a su esposa (AGS. E, leg. 496, fols. 118r-119v, transcrita por J. M. JOVER, «Sobre la política exterior de España en tiempos de Carlos V», en: *Carlos V y los españoles*, págs. 119-124). E. PACHECO Y DE LEIVA, *Carlos V y los turcos en 1532. La jornada de Viena*, págs. 35 ss.

[902] P. RASSOW, *Die Kaiser-Idee Karls V. dargestellt an der Politik der Jahre 1528-1540*. Berlín 1532, págs. 85-102. AGS. E, leg. 636, fol. 145-146.

[903] A. de SANTA CRUZ, III, págs. 225-227.

tantes radicales con respecto a su propia confesión [904]. Uno de los más interesados en este tipo de discusiones era el hermano del emperador, Fernando, que buscaba una reconciliación para hacer frente común a la amenaza de los turcos. Ante sus ruegos, Carlos V favoreció estas reuniones en contra de la opinión del nuncio papal, Poggio, y del cardenal Morone, por lo que envió a Juan de Weeze, arzobispo de Lund, como su representante para que llegase a un acuerdo con los protestantes y ayudasen a su hermano Fernando en la lucha contra los turcos. La primera reunión se fijó en Francfort para el 24 de febrero de 1539 y terminó el 19 de marzo con el célebre «recesso», que resultó ser una victoria para los protestantes con el asentimiento de Lund que declaró «haberlo hecho por la fuerza», siguiendo las instrucciones del emperador [905]. En dicha reunión se estableció que durante los quince meses siguientes no se incoase ningún proceso religioso y que el primero de agosto de ese mismo año se tuviera un coloquio en Nuremberg entre eclesiásticos doctos y laicos.

Recibida la noticia en Roma, rápidamente se envió a Montelpuciano a la corte hispana, quien portaba unas instrucciones de protesta al emperador por la actitud que había mantenido Lund en dicha asamblea. Ante la incertidumbre de no ser invitado a la nueva reunión proyectada, el pontífice reconoció la liga católica que se había fundado el año anterior (1538) al mismo tiempo que contribuía con 50.000 ducados para su defensa y organización[906]. El emperador, por su parte, tomaba la decisión de realizar un coloquio –en el mes de abril– de católicos en Espira para fijar las concesiones que se debían dar a los luteranos y para tratar sobre la liga católica, al que debía seguir –en el mes de junio– otro coloquio, esta vez, con los protestantes. Cuando Farnesio y el resto de cardenales romanos se enteraron de esta decisión escribieron una carta de protesta a Carlos V recriminándole los graves problemas que ocasionarían estas reuniones, al mismo tiempo que le proponían como remedio más adecuado la realización del concilio y el reforzamiento de la liga católica [907]. Como resulta fácil de deducir, Roma no quería que se realizara este tipo de coloquios porque eran perjudiciales para la Iglesia ya que reconocían como interlocutores a los protestantes. Ahora bien, dada la firme voluntad de Carlos V de que se celebrasen, la Santa Sede consideró oportuno que asistiese a ellos un legado pontificio, Contarini.

Por causa de la peste, la Dieta, en vez de tener lugar en Espira, comenzó en Hagenau, ciudad a la que llegaron tarde y desunidos los católicos, mientras que los protestantes se habían reunidos durante los días previos en la ciudad de Ulm para acordar que permanecerían todos unidos en la *confesión de Augsburgo*. En la reunión, mientras los protestantes no hicieron referencia al pontífice y, por consiguiente, se daba por no reconocida su autoridad, los católicos aceptaron dialogar tomando como base la *confesión augusta*. Los representantes de la Santa Sede reconocieron que esto era harto peligroso y Morone abandonó el coloquio con negros presentimientos. La impresión que tenía era que Carlos V quería conseguir la unión del Imperio a costa de la religión católica [908]; pero en realidad, como el propio Carlos V confesaba en íntimo diálogo con Cervini, lo que pretendía era no enfrentarse con tres guerras a la vez, a saber, contra los protestantes, contra el turco y contra el rey de Francia [909]. Morone estaba en contra de que se celebrasen más coloquios de esta clase, pero, al concluirse el de Francfort (ciudad en la que finalmente se había trasladado la reunión anterior), se anunció otro nuevo que tendría lugar en Worms el día 28 de octubre. Esta vez, los protestantes no insistieron –como habían hecho en Francfort– en que no se admitiesen representantes pontificios en la nueva reunión porque los católicos habían aceptado discutir sobre la *confesión de Augsburgo*. Esta actitud disgustó sobremanera al pontífice y a numerosos cardenales, que eran partidarios de no enviar ninguna representación; pero Cervini (futuro Marcelo II) fue de la opinión contraria y dado que de todas maneras se produciría el coloquio –razonaba– era mejor hallarse presente.

Después de innumerables problemas, el 14 de enero de 1541, se iniciaba un nuevo. Tras discutir durante cuatro días sobre el pecado original, Granvela, que se hallaba allí como representante del emperador y

---

[904] C. CAPASSO, I, págs. 663-664.
[905] J. J. DÖLLINGER, *Beiträge*, I, págs. 16 ss.
[906] AGS. E, leg. 869, carta del marqués de Aguilar al emperador dándole aviso, fechada en Roma a 21 de octubre.
[907] EHSES, *Concilium*, IV, págs. 182 ss.
[908] L. CARDAUNS, I, pág. 336.
[909] C. CAPASSO, II, pág. 128.

que procuraba la conciliación a toda costa, ordenó que ambas confesiones redactaran una fórmula de conciliación sobre esta doctrina [910]. Al día siguiente, Granvela anunciaba el mandato de Carlos V por el cual la asamblea debía trasladarse a la Dieta convocada en Ratisbona, donde con asistencia del propio emperador, pretendía restaurar la paz religiosa en el Imperio [911]. El papa –como queda dicho– había enviado a Contarini como su representante, quien, después de enterarse del documento conjunto firmado en Worms sobre el pecado original, pensó ingenuamente que la unión entre católicos y protestantes estaba cerca. No obstante, muy pronto se percató de la dificultad de la unión, cuando trató con los duques de Baviera, el elector de Maguncia y el duque de Brunswich la posibilidad del concilio, quienes se negaron reclamando la fuerza e intransigencia. Asimismo, observó el peligro doctrinal que representaba el bando imperial ya que estaban dispuestos a transigir en cualquier doctrina con tal de llegar a la paz [912].

El 5 de abril se abría la Dieta de Ratisbona –con una propuesta imperial leída por Federico del Palatinado en la que se hacía mención a la autoridad de la Santa Sede porque lo exigió Contarini– bajo negros nubarrones: Fernando se encontraba bajo la amenaza de otra guerra contra el turco; en el Mediterráneo, Carlos había planificado emprender otra campaña, esta vez, contra Argel. Por si todo ello fuera poco, Francisco I trabajaba en la formación de una liga de príncipes protestantes para conservar lo que los enemigos del emperador llamaban la «libertad de Alemania», por lo que envió a Ratisbona un embajador con el fin de que disuadiera a los príncipes protestantes de llegar a cualquier acuerdo con Carlos V. Por último, no favorecía nada la realización de la Dieta las turbaciones que comenzaron a surgir entre el papa y el emperador a causa de la rebelión que llevaron a efecto los Colonna, a quienes favorecía el virrey de Nápoles [913].

Carlos había hecho nombrar tres interlocutores por cada una de las partes, quienes –prescindiendo de la *Confesión de Augsburgo*– examinaran los artículos de fe controvertidos y les dieran forma para ser discutidos. Por los católicos fueron elegidos Gropper, Pflug y Eck, los dos últimos a instancias de Roma, mientras que por la parte protestante se elegieron a Melanchton, Butzer y Juan Pistorius. El 23 de abril de 1541, Carlos V comunicaba al legado pontificio, Contarini, los puntos teológicos que, de acuerdo con los luteranos, debían de servir de base para las discusiones. Tales documentos, que integraban 23 artículos, se conocieron como el *Libro de Ratisbona* [914]. De esta manera se inició el coloquio el 27 de abril, discutiendo sin ningún problema los primeros capítulos del *libro*; pero el quinto artículo trataba de la «justificación de la fe» y dio origen a agudas discrepancias que terminaron por estancar la evolución de la Dieta.

Los proyectos imperiales aparecían cada día más confusos en materia religiosa y la posición de Nicolás Granvela, que aparecía como el coordinador de la reunión y era admitido por los protestantes como espíritu abierto y liberal, más débil, ya que los protestantes no tardaron en desconfiar de él, cuando constataron que la idea fundamental del canciller era la de salvaguardar la unidad del Imperio, mientras que en ideas religiosas se limitaba a lo que se había denominado la supresión de abusos, por lo que amenazaron con hacer un «concilio nacional» [915]. No eran mejores las perspectivas en el ámbito católico, ya que sus acuerdos no fueron admitidos por el papa, que pretendía convocar el concilio general a toda prisa ante la posibilidad de que se convocara otro al margen de la autoridad papal. Carlos V, por su parte, estaba nervioso ante la amenaza existente de que los turcos atacasen el Imperio, por lo que firmó los acuerdos de la Dieta el 29 de julio de 1541, en los que remitía los problemas a un concilio general o a la celebración de una nueva Dieta, que se celebrarían antes del año y medio siguiente, mientras tanto se mantenían las concesiones efectuadas en la paz de Nuremberg de 1532 [916]. A partir de entonces, Carlos V perdió las esperanzas de lograr un acuerdo de base erasmista. Y es que, la política unionista, practicada en el Imperio durante los años 1539-41, que se basaba en las concesiones religiosas y en las reuniones de discusión teológicas resultaron un fracaso, lo

---

[910] M. VAN DURME, *Imperio y Revolución bajo Carlos V y Felipe II. El cardenal Granvela*. Barcelona 1957, págs. 46-47.

[911] L. PASTOR, vol. 11, págs. 352-362. M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *La España del Emperador Carlos V*, pág. 765. H. LUTZ, *Reforma y Contrarreforma*, pág. 95.

[912] J. J. DÖLLINGER, *Dokumente zur Geschichte Karls's V, Philipp's II*, págs. 36-37.

[913] L. CARDAUNS, *Von Nizza bis Crépy ...*, págs. 119-123.

[914] A. DE SANTA CRUZ, IV, pág. 104, enumera los temas a tratar.

[915] M. VAN DURME, *Imperio y Revolución bajo Carlos V y Felipe II. El cardenal Granvela*, pág. 48. AGS, E, leg. 638, núm. 273.

[916] K. LANZ, II, pág. 331. La declaración del receso de Ratisbona, fechada el 29 de julio 1541, se encuentra transcrita en, J. J. DÖLLINGER, *Dokumente zur Geschichte Karls's V, Philipp's II.*, págs. 36-38.

que hacía surgir nuevas nociones y reflexiones políticas que desembocaban en la necesidad de resolver las cuestiones religiosas por la fuerza. Los tiempos estaban cambiando en Europa y paulatinamente se iba imponiendo la intransigencia.

12.1.3. *El encuentro de Carlos V con el papa en Busseto*

En mayo de 1543, Carlos V embarcó en Cataluña en el que sería su último viaje fuera de la península. En cuanto supo la noticia el papa, intentó por todos los medios buscar un encuentro [917], que preparó con todo cuidado. Apenas desembarcó en Génova, Carlos recibió la visita de Pier Luigi Farnesio, quien había sido enviado por el pontífice para que lo agasajara al mismo tiempo que lo preparaba para el encuentro que debía tener con él y en el que tratarían la cesión de Milán al duque Octavio. Paulo III también envió a su otro hijo, el cardenal Farnesio, para que, asimismo, le rindiera homenaje y de manera más detenida y concreta le expusiera el asunto que su padre quería tratar. El pontífice había elegido Bolonia para la reunión, pero como no agradó a Carlos V, no tuvo inconveniente en trasladarla a Busseto [918].

De las numerosas cuestiones tratadas en Busseto, una gran parte de ellas fueron referentes a la religión y a la búsqueda de la paz [919]; ahora bien, el tema más inmediato fue el de Milán. Ya en Génova, Pier Luigi Farnesio había mostrado grandes deseos de servir al emperador y, como si fuera cosa pensada por él mismo, expuso al marqués del Vasto y, por su mediación, al propio Carlos V, el proyecto de ceder Milán a Octavio a cambio de dinero[920]: «Que si quisiessimos dar –escribía el del Vasto– la investidura del estado de Milán al duque de Camerino, su santidad nos daría dos miliones de oro en contado para las cosas y necessidades que nos offrescen y cierto censo cada anno significando que haziendo esto se podría también juntando al dicho estado Plazentia y Parma y quedando las fuerzas en nuestro poder y con otras condiciones tomasse nos buen asiento» [921]. Esta propuesta fue acompañada de la solicitud insistente de Margarita de Austria, a quien el papa le había logrado ganar, inspirandole reverencia y afecto. No obstante, tal unión no se podía llevar a efecto por los celos que suscitaría en el resto de Estados italianos, sobre todo en Venecia y en los propios Estados Pontificios, por lo que, a pesar de la insistencia mostrada y de las distintas alternativas que se propusieron, no se llegó a ninguna conclusión [922]. Con todo, no se llegó a una ruptura definitiva porque el pontífice mantuvo la esperanza –durante algunos meses después de celebrado el encuentro– de llegar a algún acuerdo, viendo la necesidad de dinero que tenía el emperador. Pero Carlos V no cedió y el papa, a partir de entonces, se dedicó a convencer al emperador sobre la necesidad de establecer la paz, invitándole al consistorio de cardenales, reunidos el 24 de junio, para que expusiera sus planes al respecto. El discurso de Carlos V, a juicio de cronistas coetáneos, no fue muy diferente al pronunciado en 1536, si bien en el nuevo mostró mayor pasión [923]. Al día siguiente, Carlos V y Paulo III se separaron no sin antes acordar la suspensión del concilio general hasta tanto se estudiaran determinadas cuestiones de competencias y las circunstancias fueran más favorables; a cambio, el pontífice se comprometía a ayudar al emperador con 4000 soldados para defender Hungría de los turcos.

El encuentro de Busseto marcó un punto culminante en los encuentros entre el emperador y el papa, que nunca más pudieron darse a partir de entonces. Además de las circunstancias políticas y religiosas de Europa, el cambio del personal diplomático que se produjo en estas fechas también influyó decisivamente para que se estableciera una situación en la que dominaba la intransigencia y la crispación. En la primavera de 1543, el marqués de Aguilar dejaba su puesto de embajador en Roma, siendo sustituido por Juan de Vega,

---

[917] P. DE SANDOVAL, III, pág. 35.

[918] Sobre los inconvenientes y pareceres que el Emperador tenía sobre la reunión, véase la carta que le escribió a su hijo Felipe, fechada en Génova el 9 de junio de 1543, AGS, E, leg. 59.

[919] El propio emperador manifestaba a su nuevo embajador Juan de Vega que el Pontífice había hecho mucho hincapié en este tema, AGS, E, leg. 872, núm. 299.

[920] F. de NAVENNE, «Pier Luigi Farnese». *Revue des questions historiques*, vol. 78, págs. 9-10.

[921] ARB, Puiss. Étrang. Fsc. 434, citado, a su vez, por C. CAPASSO, II, 299, nota 4.

[922] Las propuestas, comunicadas por Carlos V a su hijo en AGS, E, leg. 59. Parte de los documentos se encuentran en CDCV, II.

[923] Así lo juzga P. JOVIO, lib. 43.

mucho más duro e inflexible a la hora de negociar que su antecesor [924]. Los negocios del papa eran llevados por su nepote Alejandro Farnesio y el primer secretario, Marcelo Cervini (futuro Marcelo II) [925]. Las instrucciones de Vega, fechadas el 4 de julio, constituyen un lúcido resumen de los acontecimientos que habían sucedido durante los últimos años, de los puntos de vista de la política imperial y de los fines que se debían perseguir en Roma. Precisamente, los problemas que Juan de Vega encontró en la Ciudad Eterna habían motivado que también se acercara a Busseto para aclarar determinados puntos de su cometido como embajador y, al mismo tiempo, aleccionar al emperador de la situación que había encontrado en la Santa Sede [926].

A principios de 1544, la ruptura entre el papa y el emperador parecía inminente [927]. Del lado imperial, irritaba sobre manera la estrecha amistad del pontífice con los franceses. Margarita, hija de Carlos V, no disimulaba el odio que tenía a la familia Farnesio, mientras que el embajador Vega abandonaba Roma sin despedirse del pontífice. La situación se hizo insostenible cuando el papa tomó posición contra los decretos de la dieta de Espira, celebrada en este mismo año, en la que Carlos V había permitido tratar la cuestión religiosa sin contar con el representante de Roma. Las concesiones a los protestantes estaban en el aire; ellos podían presionar a Carlos V alegando que no había tenido lugar el concilio general que el emperador había prometido celebrar dentro de los 18 meses siguientes a la conclusión de la dieta de Ratisbona y, por consiguiente, era hora de convocar un concilio regional en sustitución del aplazado. Por su parte, el emperador necesitaba la ayuda del Imperio para la gran ofensiva que había preparado contra Francia en unión con Enrique VIII para el verano de 1544, por lo que no podía desairar a ningún príncipe con el fin de mantener la unión [928].

12.2. Intento de solución pacífica: el concilio de Trento

El coloquio de Ratisbona había representado el punto más crítico de la política religiosa mantenido por la Santa Sede, lo que clarificó sus ideas en torno a la convocatoria inmediata de un concilio general. En Roma había surgido una corriente de personajes (Aleandro, Caraffa, Lauterio, etc.) con ideas claras y reformistas que eran contrarios a las múltiples tendencias transigentes mostrada con los luteranos en los últimos años . Por otra parte, la firma del tratado de Crépy quitaba de delante el más grave obstáculo para la convocatoria del concilio, ya que en una de sus cláusulas secretas, Francisco I se comprometía a que el concilio se abriera en Trento, Cambrai o Metz en el momento que determinara el emperador y, además, el rey francés se obligaba a mandar delegados y prelados a dicha reunión. Carlos había considerado hasta entonces el concilio como el más seguro medio pacífico de arreglar el cisma del Imperio. Ahora bien, la negativa de los protestantes a asistir a un concilio convocado por el papa desvaneció estas ideas [929]. Solo quedaba una solución: derrotar a los luteranos por las armas y obligarles a asistir al concilio y acatar sus decisiones. La paz de Crépy le había dado la tranquilidad que él siempre había perseguido con Francia. El dominio de Carlos en Italia parecía reconocido por Francia. Era hora de implantar unas ideas religiosas definidas.

El 19 de noviembre de 1544, Paulo III convocaba el concilio de Trento por su bula *Laetare Hierusalem*[930]. A partir de entonces, los acontecimientos se desarrollaron muy deprisa. El mismo día, el pontífice convocaba a los cardenales extranjeros para darles la noticia y formaba una diputación de cardenales para los asuntos conciliares. Por la bula *Ad prudentis patris familias officium*, Paulo III aseguraba al colegio cardenalicio

---

[924] Juan de Vega fue embajador en Roma entre 1543 y 1547. Su correspondencia se encuentra en AGS, E, leg. 871-874; buena parte de ella fue publicada por W. Maurenbrecher, *Karls V, und die deutschen Protestantem, 1545-1555*. Düsseldorf 1865. Después fue virrey de Sicilia entre 1547 y 1558.

[925] Marqués del Saltillo, *Juan de Vega, embajador de Carlos V en Roma*. Madrid 1946, pág. 48.

[926] Han sido estudiadas, al igual que su actuación, por el Marqués del Saltillo, *Juan de Vega, embajador de Carlos V*. Madrid 1946.

[927] M. Lasso de la Vega y López de Tejada, *La embajada a Roma de Juan de Vega*. Zaragoza 1944.

[928] H. Jedin, I, págs. 552-553.

[929] M. Fernández Álvarez, *Carlos V, un hombre para Europa*, págs. 251-254.

[930] P. Leturia, «Il Papa Paolo III promotore e organizzatore del Concilio di Trento», págs. 57-58. Alonso de Santa Cruz, IV, 175-176. La lista de participantes en, Ehses, *Concilium Tridentinum*, IV, pág. 529.

–caso de que él muriera durante la celebración del concilio– el derecho de elegir nuevo papa y de que el cónclave tuviera lugar en Roma [931]. Para Carlos V era una oportunidad largamente esperada de resolver los problemas religiosos del Imperio, si bien, las relaciones con la Santa Sede seguían siendo tensas. Juan de Vega se mantuvo en el cargo de embajador en Roma, pero el pontífice sustituyó al nuncio Poggio por Sfondrato en la corte imperial y, poco después, éste fue relevado por Verallo, quien ejercía las mismas funciones en la corte de Fernando. El 13 de diciembre de 1545, los tres legados (del Monte, Cervini y Polo) abrieron solemnemente el concilio. A partir de entonces, los padres conciliares discutieron con vehemencia el dogma y la reforma de la Iglesia [932].

El 7 de febrero de 1547, Juan de Vega escribía al emperador avisándole de que el papa daba por terminado el concilio y pensaba trasladarlo a Bolonia [933]. La noticia la recibía en Nordlinga, desde don enviaba unas instrucciones al cardenal pacheco y a su embajador, Diego Hurtado de Mendoza, para que solicitasen al papa audiencia y le comunicasen el mal efecto que le había producido el traslado del concilio a Bolonia [934]. Por su parte, el nuncio pontificio en la corte imperial, Girolamo Verallo, tenía las consecuencias que podía acarrear este suceso. No solo el Imperio, sino también numerosas monarquías se sentían agraviadas, por lo que era previsible que el concilio de Bolonia no fuera considerado auténtico; además existía el peligro de que se realizase un concilio particular en el Imperio dado el anhelo que en ello mostraban tanto los protestantes como los católicos. En la entrevista que tuvo con el emperador para discutir sobre este tema, Verallo llegó a alegar que los legados pontificios habían tomado la decisión sin ponerlo en conocimiento del pontífice, lo que dio pie a que Carlos V argumentase que en ese caso el traslado no era válido. El propio confesor del emperador, Pedro de Soto, insistía al nuncio de que la determinación de la sede conciliar siempre había correspondido al emperador y que en este caso, además de ejercer un derecho, contribuiría a conseguir más fácilmente la unidad de la Iglesia [935].

Con todo, el concilio siguió su evolución formando las congregaciones de teólogos para la discusión del sacramento de la penitencia que se había de discutir el 29 de marzo [936], al mismo tiempo que los legados pontificios se acercaron a Trento para convencer a los prelados que aún permanecían allí para que se acercasen a Bolonia; pero todo resultó en vano. El destino del concilio de Bolonia dependía de las negociaciones del papa y el emperador para que volviese a Trento.

12.2.1. *El traslado del concilio a Bolonia*

En Roma, los intereses de Carlos V venían siendo defendidos por su embajador, Juan de Vega, quien había sido sustituido por Diego Hurtado de Mendoza y que, en su viaje hacia la Ciudad Eterna, se encontró en Viterbo a Sfondrato, legado papal que iba a la corte imperial con la misma misión que su amigo pensaba realizar en Roma. En Viterbo, ambos diplomáticos intercambiaron impresiones. El emperador se encontraba firme en la exigencia de que el concilio se volviera a Trento; la parte del papa, por el contrario, no se encontraba segura y buscaba una solución al problema [937]. Mucha mayor inseguridad entró en la corte papal cuando se enteraron de la victoria del emperador sobre los protestantes en Mülberg. Hurtado de Mendoza mantuvo una conversación con el cardenal Farnesio, quien se lamentaba del traslado del concilio a Bolonia,

---

[931] H. JEDIN, II, pág. 565.

[932] No consideramos pertinente analizar la evolución del concilio ni sus acuerdos, por otra parte, ya estudiados, entre otros, por H. JEDIN, en su obra citada, y en J. BERNHARD, C. LEFEBVRE, F. RAPP, *L' époque de la Réforme et du Concile de Trente*. París 1990.

[933] M. FERRANDIS, I, págs. 98-99.

[934] M. FERRANDIS, I, págs. 108-110.

[935] Para la disputa surgida y explicar la postura de los prelados imperiales, resulta fundamental, AGS, E, leg. 1463.

[936] H. JEDIN, II, pág. 45.

[937] «Respondí primero a este que la diferencia entre Vuestra Magestad y Su Santidad prendía de sola una voluntad que era del Papa, y siempre que esta se mudase o curasse deba el amistad por hecha, pues no había odio particular, y que la de Vuestra Magestad era enderezar en las cosas públicas, y de la conformidad que en esto se tubiesse, resultaba el interesse particular. A esto me respondió que las pláticas habían pasado muy adelante y los ánimos estaban alterados; dixe que no tanto que no tubiessen remedio» (Carta de Hurtado de Mendoza a Carlos V, fechada el 3 de mayo de 1547. J. J. DÖLLINGER, *Documente* ..., págs. 53-72.)

al mismo tiempo que le sugería buscar una salida para volver a Trento sin que Roma perdiera su prestigio. Estas insinuaciones cobraron mayor seriedad con la negociaciones que el propio Mendoza llevó poco después con los consejeros pontificios, que dieron por resultado un documento pontificio (enviado a Sfondrato para que lo negociase con Carlos V) que comprendía cinco puntos, admitiendo en el primero la vuelta del concilio a Trento a cambio de determinadas exigencias como era el compromiso por parte del emperador de ofrecer al papa la seguridad de que Alemania se sometería al concilio, bien por decisión en una Dieta o bien por declaración de sus príncipes [938]. Sfondrato encontró a Carlos V seco en sus respuestas y firme en sus resoluciones, por lo que escribió al cardenal Farnesio que no era viable seguir el concilio en Bolonia, compuesto solamente por obispos italianos y en territorio de la Iglesia. La actitud del emperador y de los prelados que estaban en Trento hacía temer un cisma o que los imperiales se apoderasen de Bolonia. Hasta el duque de Alba, quien estaba en buenas relaciones con la curia, aconsejaba retirar todas las exigencias en contra porque el concilio solamente se reconocería por parte del emperador y de los luteranos si se realizaba en Trento. A pesar de todo, los legados del concilio reaccionaron en contra de que el papa lo trasladase a Trento. Sfondrato, que se hallaba en Augsburgo acompañando a la corte imperial para la celebración de la Dieta– trató de buscar una salida a esta situación, por lo que escribió al cardenal Farnesio haciendole saber que el emperador nunca cedería porque con ello pretendía resolver el problema religioso en el Imperio. Las negociaciones se dilataban sin que se llegase a ningún acuerdo concreto, cuando el 11 de septiembre de 1547, Paulo III recibía la terrible noticia del asesinato de su hijo en Piacenza. Tras esta conjura se escondía el gobernador imperial de Milán, Ferrante Gonzaga, quien rápidamente se encargó de la protección militar de la ciudad. Este suceso cambió la actitud de pontífice.

El emperador no dio crédito al rumor que lo hacía cómplice de este asesinato y tenía como cierto que el papa admitiría el traslado del concilio a Trento siempre que prometiera que los acuerdos del concilio se impondría en el Imperio. Por ello, Carlos V pudo replicar a los miembros de la dieta de Augsburgo que el concilio se continuaría en Trento y que consideraba una reforma de la iglesia en el Imperio. Para conseguir su objetivo, el 1 de noviembre, Carlos V enviaba al cardenal Madruzzo a Roma para exigir la vuelta del concilio. Sin embargo, Paulo III se negó a ratificar esta concesión. Los argumentos que dio para justificar su actitud fueron que el concilio tenía libertad para decidir el lugar de su reunión y el respeto que debía tener también a los demás príncipes y reyes cristianos; pero, en realidad, su negativa estaba basada en la amargura que sentía contra el emperador desde el asesinato de Piacenza, que había provocado el hundimiento de la política familiar de los Farnesio.

Cuando el cardenal Madruzzo volvió a Augsburgo sin haber logrado sus propósitos, en Roma ya se contaba con la protesta que iba a presentar el emperador. Efectivamente, ésta se realizó en enero de 1548; el hecho de que no se rompieran las relaciones diplomáticas entre el papa y Carlos V fue debido a que ambos se necesitaban: el emperador porque necesitaba del papa para la reordenación de la situación religiosa en el Imperio con o sin concilio en Trento; el papa porque, la continuación intentada por él del concilio de Bolonia y su terminación, habría provocado el temido cisma. Por consiguiente, las negociaciones continuaron [939].

12.3. El recurso a las armas: campaña militar contra los protestantes

Una vez firmada la paz de Crèpy, no existía acuerdo sobre el camino que Carlos V debía seguir para solucionar los problemas religiosos y políticos en el Imperio. En su corte, los consejeros se debatían entre mantener una política pacífica y de diálogo como la seguida hasta entonces o, por el contrario, utilizar las armas. El duque de Alba, junto a los nuevos oficiales que Carlos había nombrado para el gobierno de los territorios italianos (Juan de Vega, embajador en Roma, y Juan de Figueroa, regente de Nápoles y Sicilia), eran partidarios de adoptar medidas violentas, mientras que Nicolás Granvela, junto a María de Hungría, Alonso de Idiáquez y Diego Hurtado de Mendoza impulsaban una política pacifista para solucionar los problemas en

[938] H. Jedin, II, págs. 144-145.
[939] H. Jedin, II, págs. 250 ss.

el centro de Europa [940]. La opinión de Pedro de Soto, confesor del propio Carlos V [941], sumada a la del duque de Alba y a la del cardenal Farnesio, debió de influir mucho para inclinar la balanza hacia el lado belicista. El protestantismo se extendía hacia los Países Bajos y amenazaba con invadir toda Europa, por lo que le cardenal Farnesio se comprometió a conseguir del papa que enviase fuerzas militares para la guerra.

A pesar de todo, una vez que hubo partido Farnesio hacia Roma, Carlos V remitió la realización de este proyecto para más adelante y, en el mes de marzo de 1545, convocaba una dieta en Worms, bajo la presidencia de su hermano Fernando, con el fin de solucionar el enfrentamiento por medio de un acuerdo pacífico. Como ya dijimos anteriormente, fiel a su política, Nicolás Granvela, que también participaba en dicha reunión como canciller del Imperio, buscaba por todos los medios llegar a una solución pacífica con el fin de obtener ayuda del Imperio contra un posible ataque de los turcos o de una vuelta atrás de Francia. De poco sirvieron tales deseos porque católicos y protestantes no llegaron a ningún acuerdo, sobre todo después de que el cardenal Farnesio volviera, en mayo de 1545, trayendo notables mejoras en la ayuda militar y en las relaciones diplomáticas con el papa. Así pues, en agosto de 1545, el emperador decidía declarar la guerra a los protestantes por lo que, tras clausurar la dieta de Worms, marchaba a Bruselas a resolver cuestiones pendientes antes de iniciar la lucha. Como el resto de consejeros de la misma opinión, Granvela se retiró del entorno de Carlos y se marchó al Franco Condado a ocuparse de sus asuntos patrimoniales al haber sido preferidas las tesis defendidas por el duque de Alba y por Pedro de Soto, quienes pasaron a ser los consejeros de más confianza de Carlos [942]. Con todo, la ausencia de Granvela duró poco porque fue solicitada la intervención de Carlos V en la paz que iba a firmar los monarcas de Francia e Inglaterra y los consejeros (Luis de Schore y Cornelio de Schepper) que el emperador envió para dicha misión fracasaron, por lo que el canciller hubo de ocupar su puesto, consiguiendo que ambos monarcas firmasen la paz el 7 de junio de 1546 [943].

Mientras tanto, Juan Federico de Sajonia y Felipe de Hesse, jefes de la liga Esmalcalda, invadieron los estados de Enrique de Brunswick-Wolfentubel, príncipe católico aliado a Carlos V, amenazando de guerra a todo el Imperio [944]. Esto contribuyó decisivamente a que, en marzo de 1546, Carlos V saliera de los Países Bajos camino de Ratisbona para, desde allí, unirse a las tropas enviadas por el pontífice e iniciar la campaña contra la liga Esmalcalda [945].

El fin de la guerra contra la liga de Esmalcalda, tal como la entendió Carlos V, era desbaratar su poder, como representante de la oposición política y religiosa en el Imperio y quebrantar resistencia a la celebración del concilio, a fin de que éste definiera el nuevo orden ideológico y religioso, cuya implantación se encargaría él mismo de hacerla realidad y mantener el Imperio en paz. Paulo III, por el contrario, miraba la guerra contra la liga de Esmalcalda exclusivamente como lucha religiosa y con este fin había aportado hombres y dineros al emperador. A cambio de la ayuda, el papa exigía que Carlos V no hiciese la paz con los protestantes por separado ni entrase en discusión con ellos en materia de religión. No obstante, el 17 de enero de 1546, Carlos V convocaba una dieta en Ratisbona con la esperanza de llegar a un último acuerdo. Pero esta vez, los protestantes se mostraron mucho más intransigentes en sus ideas que en la dieta celebrada cinco años antes en la misma ciudad, hasta el punto de que, pocos días después de la reunión, hacían público su rechazo al concilio reunido en Trento y convocaban, por su parte, un «concilio nacional» en una ciudad alemana que se eligiera. Semejante provocación, era una declaración de guerra para el emperador, quien, si aún le quedaba alguna esperanza de conciliación, con esta actitud desapareció para siempre.

> «Serenísimo Príncipe, nuestro muy caro y amado hijo: ... después, habiendo entendido que el campo de los enemigos se había movido cerca de Rain, donde se había juntado, y que estaba a propósito de poder ir la vuelta de Lanzhuet con brevedad, pareció que pues la mayor parte de la infantería española era llegada y de

---

[940] E. VAN DURME, *Imperio y Revolución bajo Carlos V y Felipe II*, pág. 69. Sobre la opinión de Juan de Vega, BNM, ms. 18417.
[941] V. CARRO, *Fray Pedro de Soto, confesor de Carlos V*. Salamanca 1931, apéndices.
[942] WEISS, III, pág. 42.
[943] WEISS, III, pág. 239.
[944] Además invadieron otros territorios del Imperio, BNM, ms. 7904, s. n. K. LANZ, II, pág. 355.
[945] K. LANZ, II, pág. 648.

la italiana y caballos ligeros, también que nos debíamos levantar de allí y acercarnos a Ratisbona, como lo hicimos por dar orden en lo de las vituallas, que era lo principal, y recoger el artillería y municiones y otras cosas para provisión del campo, donde nos detuvimos lo menos que se pudo. Y en este medio tiempo, los enemigos bajaron con el suyo desta parte del Danubio hacia Ratisbona, y a una jornada della se entendió que tenían allí alguna plática, aunque después pareció que no era cierto. Y por esto se proveyó que se fuesen a meter dentro algunos arcabuceros españoles a caballo y cien celadas, y usaron tal diligencia que llegaron y entraron aquella noche, y nos afirmamos allí hasta ver lo que había, y teniendo aviso dello caminamos adelante y llegamos cerca de Nuystat, entre la villa y el Danubio. Y otro día se dió orden que nuestro ejército le pasase y se asentó el campo en un bueno y fuerte sitio a la obra de dos leguas poco más o menos de los enemigos, los cuales visto nuestro desinio ellos tornaron a mudar el suyo y volvieron caminando de noche, por tomar la delantera y pasaron de Iglestat obra de dos leguas adelante, viniendo siempre en su seguimiento. [...] El domingo pasado ovo alguna escaramuza y el lunes estuvieron quedos. El martes siguiente, antes que amaneciese empezó a caminar su infantería, gente de armas y artillería, y se vinieron a poner ... Hanos parecido mandaros avisar tan particularmente de todo lo sobredicho, para que sepais lo cierto que ha pasado, porque por vía de Italia y Francia lo deben haber scripto y publicado, y de lo que más se ofreciere sereis continuamente avisado, como es razón» [946].

En noviembre de 1546, Carlos V envió a Diego Hurtado de Mendoza para que negociase con el papa una ayuda de 500.000 ducados, que el emperador pensaba sacar de la venta de bienes eclesiásticos de los monasterios hispanos; al mismo tiempo que debía tratar sobre la prolongación de la liga mantenida por ambos soberanos [947]. No obstante, la comunidad de intereses entre el pontífice y el emperador desapareció desde el momento en que éste quería servirse de la victoria religiosa para imponer su autoridad política en todo el Imperio, incluso, en Italia. Mientras el cardenal Cervini, se inclinaba a que el papa ayudara al emperador, pero no prorrogase la liga, el cardenal Alejandro Farnesio era partidario de lo contrario. Paulo III optó por la neutralidad, lo que levantó las quejas de Carlos V, quien lo acusó de estar de parte de los franceses [948]. Tampoco ayudó mucho a normalizar la situación la negativa del pontífice a conceder la venta de bienes eclesiásticos solicitada por el emperador a través de sus embajadores, lo que le llevó a amenazar con una desamortización de todos los bienes eclesiásticos de sus reinos [949].

La Dieta de Ratisbona de 1546, que sirvió para reunir los últimos preparativos para la guerra, trajo consigo éxitos diplomáticos adicionales: algunos príncipes se pasaron al bando del emperador, entre ellos, el duque Mauricio de Sajonia. El emperador visitó después Güeldres y llegó a Maastrich donde tranquilizó a los embajadores de los príncipes alemanes, quienes llegaron a preguntarle por el fin que daría a las fuerzas militares que estaba preparando. De allí pasó a Ratisbona, donde había convocado dieta [950]. La corte de los Habsburgo se esforzó en demostrar que no era una guerra religiosa, sino como una acción contra unos cabecillas, reunidos en la liga Esmalcalda, acusados de violar la paz territorial. Todos los esfuerzos que en Roma y en Bolonia se pusieron en práctica para que los imperiales, que habían quedado en Trento, fuesen a juntarse con los que se habían trasladado a la ciudad italiana, no pudieron vencer la resistencia del emperador, quien, resentido por el acuerdo de trasladar el concilio sin su consentimiento, dio orden a todos los eclesiásticos de sus estados que no se movieran de Trento.

No obstante, viendo fracasadas las esperanzas de llegar a un acuerdo, por medio del concilio, en cuestión religiosa en Alemania, aprovechó la convocatoria de la dieta de Augsburgo (septiembre de 1547) para intentar un diálogo que evitase la expansión de la herejía. En este arreglo se había de contar con el bene-

---

[946] Carta de Carlos V a su hijo, fechada en el campo de batalla el día 5 de septiembre de 1546 (J. J. DÖLLINGER, *Dokumente zur Geschichte Kar's V....*, págs. 48-51).

[947] A. GONZÁLEZ PALENCIA y E. MELE, *Vida y obras de don Diego Hurtado de Mendoza*, II, pág. 23 ss, y 42-44. E. SPIVAKPVSKY, *Son of the Alhambra. Diego Hurtado de Mendoza, 1504-75.* Austin 1970, cap. 8.º

[948] C. CAPASSO, II, págs. 527-530.

[949] Los documentos de la negociación están contenidos en AGS, E, leg. 874. La amenaza fue tan en serio que el propio príncipe Felipe le escribía a su padre, advirtiéndole de que «en estos reinos» no se vería bien esta medida, *Ibíd*, leg. 75. Carta fechada el 25 de enero de 1547.

[950] P. de SANDOVAL, III, pág. 234.

plácito y representación del pontífice, si bien, al negociar con los príncipes protestantes no convenía resaltar este requisito, por la oposición que mostraban a todo lo relacionado con Roma. El emperador encomendó el estudio a una comisión de teólogos, quienes presentaron sus acuerdos a protestantes y católicos con el fin de que se discutiesen.

A instancias de su hermana María, que temía que la guerra se extendiese hacia los Países Bajos, Carlos V buscó llegar a acuerdos particulares con distintos príncipes del Imperio con el fin de reducir las fuerzas que podían ayudar a las tropas protestantes, lo que permitió a Carlos someter buena parte de Alemania sin esfuerzo bélico [951]. Tal política no era del agrado del pontífice, quien acusaba al emperador de buscar solamente sus propios intereses políticos sin importarle la religión. Es posible que esta opinión fuera una de las causas por la que Paulo III se decidió a trasladar el concilio de Trento a Bolonia a pesar de los intentos de Francisco de Toledo y del doctor Vargas por impedirlo [952]. La protesta del papa llegó hasta los oídos del emperador ya que sus consejeros con opiniones más intransigentes, Soto y el duque de Alba, volvieron a dominar el entorno de Carlos V mientras Granvela, con achaques de salud, se retiraba definitivamente a sus tierras patrimoniales. No obstante, esta vez, Nicolás dejaba en su lugar a su hijo, Antonio Perrenot, que tenía 29 años, y que por primera vez tomaba entre sus manos asuntos de Estado. Al contrario que su padre, Antonio siguió la línea dura que propugnaban Soto y Alba.

Poco después de la marcha de su padre, Antonio Perrenot pudo recoger los frutos de sus gestiones: la alianza entre Fernando de Austria y Mauricio de Sajonia, que se habían concluido por la intervención de aquel, provocó una grave escisión en la liga de Esmalcalda. Después que el ejército imperial tomó contacto con las tropas de Fernando y Mauricio, Carlos V se decidió a atacar al elector. Los combates tuvieron lugar, al principio, a lo largo del Danubio; pero una vez que Carlos V recibió los refuerzos de Italia pasó a la ofensiva. El duque Mauricio atacó los territorios sajones de su primo, que huyó hacia el norte. En la primavera de 1547, tras haber caído el sur del Imperio, la Sajonia electoral constituía el núcleo de la resistencia. El 24 de abril se daba la decisiva batalla de Mühlberg en la que Juan Federico fue hecho prisionero. El emperador llegaba al cenit de su poder [953]. En el mismo año fallecía Enrique VIII y dos meses después Francisco I[954].

12.3.1. El *Ínterim*

La política religiosa no se mostró menos problemática tras la batalla de Mühlberg. Tanto las seguridades concedidas a los príncipes partidarios de Carlos V como a los enemigos no se basaron en una reprobación de la *confesión de Augsburgo* (1530), sino solo en promesas de sometimiento respecto a los acuerdos del concilio, lo que iba en contra del emperador dada la enemistad que éste tenía con el pontífice. ¿Cómo podían hacerse católicos los protestantes si no se celebraba concilio? Al emperador no le quedó más camino que asesorarse por teólogos. La negativa del papa a trasladar el concilio a Trento condujo al emperador hacia la solución del *Ínterim*. Carlos V había vencido a la liga Esmalkalda, lo que significaba que había roto la oposición en el Imperio; ahora bien, no podía hacer lo mismo con la reforma religiosa:

«Considerando el Emperador el mucho tiempo que hacía que sustentaba estas dos guerras y que al fin no había ninguna cabeza principal que se pudiese levantar contra él, determinó suspender la acción de fuerza y quiso que lo que aún estaba por hacer se hiciese por medios suaves y con general conocimiento del Imperio, a través de una Dieta, para cuyo efecto se marchó para Halle de Sajonia, la cual le recibió con toda obediencia» [955].

En la Dieta de Augsburgo de 1547, Carlos V promulgó el famoso *Ínterim*, acuerdo provisional en materia religiosa que constaba de 26 artículos, redactados por teólogos católicos y protestantes, en el que las

---

[951] Véanse las cartas de distintos duques y príncipes alemanes, dirigidas a Granvela, para llegar a un acuerdo con el emperador, BNM, mss. 7908, 7909, 7913, 7915 (sin numerar).

[952] M. VAN DURME, *Imperio y Revolución bajo Carlos V y Felipe II*, págs. 75-76. *Concilium Trident*. X, págs. 224, 254, 271, 365.

[953] Así lo manifestaba Antonio Perrenot, WEISS, III, pág. 262.

[954] Sobre la muerte del monarca francés, V. PAILLARD, «La mort de François I». Revue Historique 5 (1877), págs. 85 ss. El juicio que mereció a sus coetáneos en, W. HEUBI, *François I et le mouvement intellectual en France, 1515-1547*. París 1912, págs. 124 ss.

[955] M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Memorias del emperador*, págs. 562-563.

partes interesadas se comprometían a respetar la convención y conservar la paz. El texto definitivo, que contenía algunos artículos de dudosa ortodoxia, se presentó a la Dieta de Augsburgo el 15 de mayo y la crítica por parte de Roma se hizo más dura cuando se supo que los legados pontificios en la corte imperial no habían intervenido, sino que se les dio el documento una vez terminado.

El llamado *Interim*, promulgado como ley imperial debía valer –en opinión de Carlos– tanto para católicos como para protestantes; pero aquéllos lo rechazaron por lo que solo fue respetado en los territorios protestantes. Por su parte, Roma comenzó a proponer otras soluciones a partir del nombramiento de Julio III (1550-1555) [956], quien reabrió el concilio de Trento. Julio III, al poco de ser nombrado pontífice, formó una comisión (febrero de 1552) que se dedicó a solucionar este problema. Esta comisión estuvo compuesta por personajes tan influyentes como Caraffa, Cervino, Pole, Toledo y Morone [957]. Como en tiempos anteriores, la alternativa al concilio tuvo fuerte oposición entre determinados sectores, sobre todo imperiales.

[956] Sobre la elección del papa, véanse las instrucciones que dio Carlos V a su embajador en Roma, AGS, E, leg. 875, fols. 99r-108r.

[957] H. JEDIN, IV/1, pág. 17. Sobre el pensamiento y corriente religiosa: T. F. MAYER, «Nursery of Resistance: Regniald Pole and his Friends», en P. A. FIDELER y T. F. MAYER, (eds), *Political Thought and the Tudor Commonwealth: Deep Structure, Discours and Disguise*. Londres 1992, págs. 50-74. J. I. TELLECHEA IDÍGORAS, *Fray Bartolomé Carranza y el cardenal Pole. Un navarro en la restauración católica de Inglaterra (1554-1558)*. Pamplona 1977, págs. 33 ss. Para el caso de Morone, nos remitimos a M. FIRPO-D. MARCATTO (eds), *Il processo inquisitoriale del Cardinal Giovanni Morone*. Roma 1981-1989, 5 vols.